

Más vale morir que quedar lisiado

Por J. C. Furnas

De «Cómo evitar la Muerte Repentina». New York, 1936.

Apostar al 36 de la ruleta, jugar a la lotería y tomar una curva a gran velocidad, en automóvil, son actos que equivalen a arriesgarse. Pero hay alguna diferencia entre ellos. Si sale el 36, se cobra la apuesta, multiplicada. Si se saca uno el gordo, enriquece por unos cuantos pesos. En cambio, al entrar en la curva, es uno mismo quien se «juega» sus propios huesos, su carne y su sistema nervioso, *contra* el coche que viene en sentido contrario: está apostando todo cuanto la vida significa.

¿Y sabe uno contra quién apuesta? Contra la muerte, por supuesto; muerte violenta y desgarradora. Pero la mayoría no muere. A la mañana siguiente los diarios informan que varias personas están «gravemente heridas»; frase tan usada que el empleo constante la ha despojado de toda significación. Un médico parchará a la víctima, la dejará como nueva; la compañía de seguros pagará la póliza y asunto concluido.

El médico, si puede, reintegrará los pedazos. El cuerpo humano, auxiliado por la cirugía moderna, se recupera asombrosamente pronto; pero la carne y la sangre, cuando sufren un ataque brutal de un accidente automovilístico, adquieren la desagradable costumbre de vengarse en su dueño que las expuso al mal trato. Si tiene uno suerte, muere instantáneamente o se cura sin ninguna complicación; pero si no la tiene, empieza a saber que una calamidad nunca viene sola.

No iban más que a 90 kilómetros, al entrar en la ligera curva; pero la fuerza centrífuga los había arras-

trado unos centímetros, y el tipo que ve como bala. Fue uno de los que se paró oblicuamente y se cayó. Dos pasajeros, inconscientes, fueron recogidos rápidamente y llevados al hospital para partir cuando el policía llegó.

Estaba doblado como un tubo y encajado en la estrecha abertura. Estrellado, con la cabeza atrevida a enderezarse, se cayó. Estaba vivo y despierto cuando el médico que trató de apoderarse de él, se dio cuenta de que estaba para matarse. Sabía que estaba para morir antes que él.

El cirujano de la cabeza se dio cuenta de que el paciente estaba pero cuando le arrancaron la cabeza, se horrorizó. Era uno de los que de Medicina muestran a los estudiantes un año, para templar su mano, una flor de piel, doblada como un tubo. La pelada había atravesado la cabeza como una horrible cola de hueso.

Gracias a los doctores que se dan cuenta de que el paciente sobrevivirá por un tiempo, pero que sobreviva un tiempo, luego se detendrá a esperar a que la fortuna la de su padre se agote. Sufre sin cesar agudamente la cintura para abajo. Como un jugador de poker, sentado en un sofá, toda una noche esperando a que rebasar el centro del camino, tuvo tan animado que